

AMPARITO RIVELLES YA NO SE QUIERE CASAR



CUANDO entro en el camerino de Amparito Rivelles, ésta luce un traje romántico, que realza espléndidamente su belleza y armoniza con la expresión desencantada y melancólica de su semblante.

—¿Es cierto que se quiere usted casar? Amparito me mira con esos ojos maravillosos, capaces de producir una taquicardia, y yo pierdo el habla.

—¿Usted... va también a declararse? —me interroga.

—La verdad... yo... no venía preparado. Tengo que pensarlo.

—Menos mal.

Y Amparito suspira como quien conjura un peligro y se quita un peso de encima.

—Vamos a ver—exclamo yo entonces, perplejo—. ¿Pero usted no le ha dicho a "Ariel", en A B C, que quiere casarse?

—Se trataba de una opinión, no de una llamada de socorro. ¿comprende? ¡Buena la ha hecho "Ariel" diciendo que me quiero casar!

—¡Ah! ¿Conque ya no se quiere usted casar, eh?

—No es eso, precisamente. Yo aspiro a casarme, y hasta creo que lo conseguiré un día...

—¿Y cuál es el tipo del hombre ideal para usted?

—Mire, vale más que no hablemos de eso, porque estoy viendo que voy a recibir otra montaña de cartas.

—¿Proponiéndole casarse?

—Desde luego. Fijese: todo eso que ve usted ahí son propuestas de matrimonio.

—¡Que horror!

—En efecto. No sospeché que hubiera tantos suicidas.

Yo estoy a punto de preguntarle a Amparito Rivelles si cree que es suicida ca-

(Fotos Sanz Bermejo.)

sarse con ella; pero me vuelve a mirar y siento de nuevo el vértigo.

—Amparito... ¿Quiere usted enseñarme esas cartas?

—Le advierto que la mayoría no dicen más que tonterías; eso sí, hay algunas bastante divertidas; por ejemplo, éstas que acabo de recibir hoy. Véalas.

—Mañana—dice una—estaré en el teatro en la fila primera y en el número 22; llevaré calzado el guante derecho; así usted podrá fijarse bien en mí. Si le agrado, no tiene más que enviarme recado y en un instante me tendrá usted a su disposición. Yo estoy enamorado de usted hace mucho tiempo; desde que la vi por primera vez en la pantalla. Y aunque tenía el firme propósito de no casarme jamás, ante usted... yo soy capaz de todo: ¡hasta de contraer matrimonio...!

—Desde que leí en A.B.C.—escribe otro—sus declaraciones, casi no duermo. El otro

día soñé que nos presentaban; anteayer que salíamos juntos de paseo; ayer... bueno, lo que soñé ayer..., eso no se lo digo."

—Este otro, en cambio—exclamó tras ojear una nueva misiva—, es un hombre sencillo e ingenuo. Se trata de un individuo que tiene una tienda de comestibles en un pueblo gallego. Dice que puesto que usted ha declarado que no la guía el interés y sí sólo el amor...

—¡Ah, sí! Esa es muy pintoresca; me habla de sus posibilidades y hasta de sus ahorros...

—Pero con entera sinceridad: dígame, Amparito, ¿es usted verdaderamente una mujer romántica, capaz de casarse con un hombre sólo por el amor?

—No me casaría jamás por otra cosa.

—Ahora, otra pregunta indiscreta: ¿cuánto gana usted diariamente?

—Al lado de mi madre mucho más que en el "cine".

—¿Y usted cree que hay en la tierra un hombre, usted lo ha dicho antes, y perdóneme que emplee sus mismas palabras, "tan suicida", que tenga el valor de casarse con una mujer como usted, acostumbrada a ganar, y me supongo que a gastar, tanto dinero?...

RAFAEL NARBONA